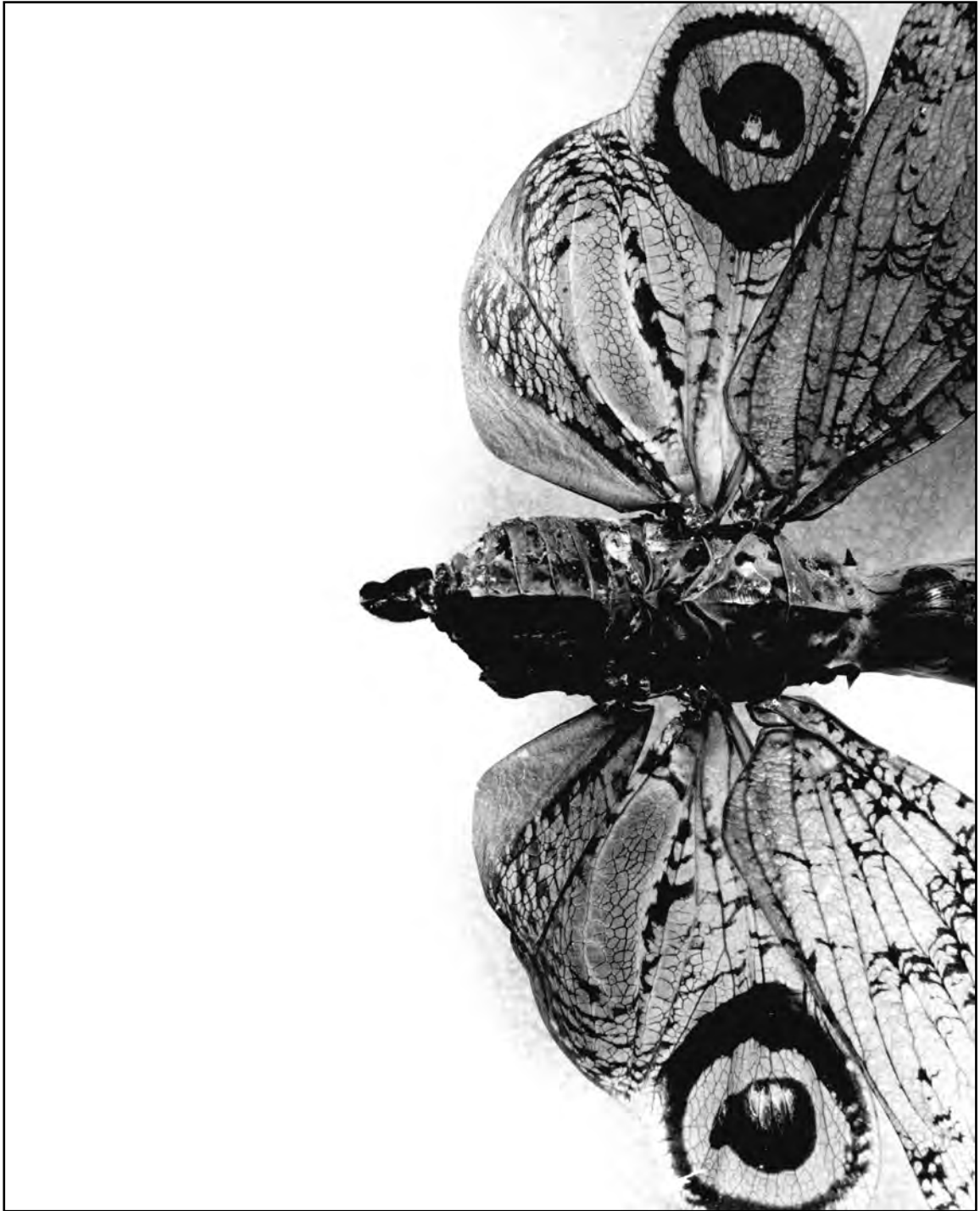




LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



De la serie *Anatomía particular*
Jesús Salgado Vázquez, Facultad de Estudios Superiores Zaragoza, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Treno por la tumba de Celestino L. / José Landa	
CONCURSO 36 DE PUNTO DE PARTIDA	13
SEGUNDA ENTREGA	
Poemas conjeturales y apócrifos (poesía) / Iván Cruz Osorio	14
Novela negra (cuento breve) / Rubén Matías García	27
Anatomía particular (fotografía) / Jesús Salgado Vázquez	28
México antiguo (viñeta) / Nieves Amilcar Velasco	36
Memorial de la paranoia: sobre una final del fútbol mexicano / (crónica) / Rodrigo Martínez Martínez	43
Sucedió un martes (fragmento de novela) / Alejandro Vázquez del Mercado	52
EL RESEÑARIO	
<i>Las vírgenes suicidas</i> o pequeño manual de desesperación cotidiana / Édgar Mora Bautista	61

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 132, julio-agosto 2005

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Taller coordinado por Santiago Ortega
Fotografía de portada: De la serie *Anatomía particular*, Jesús Salgado Vázquez
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

El pasado solsticio de verano celebramos, en la sala Carlos Chávez, la premiación del Concurso 36 de *Punto de partida*, en una ceremonia presidida por el coordinador de Difusión Cultural, Gerardo Estrada; el director de Literatura, Gerardo Kleinburg, y miembros del jurado. A treinta y seis emisiones desde que Margo Glantz lo convocara por primera vez como un apéndice de la revista que ella y Gastón García Cantú idearan, el certamen se ha convertido en pilar de este proyecto que lleva por nombre *Punto de partida*, y se ha consolidado como una de las fuentes de las cuales se nutre esta publicación.

Nuestro número de vacaciones, sigue dedicado a los ganadores de premios y menciones en el pasado concurso, esta vez como segunda entrega: “Poemas conjeturales y apócrifos”, acertada interpretación de Iván Cruz a mitos y personajes clásicos; “Novela negra”, cuento por demás breve y redondo de Iván Cruz Osorio, ilustrado por un grabado de Mario Maldonado que merece destacarse a la par del texto; “Anatomía particular”, ensayo fotográfico en el que Jesús Salgado retrata la belleza amplificada de siete insectos; “México antiguo”, serie de viñetas de Nieves Velasco que atestigua fielmente la majestuosidad de nuestra arquitectura colonial; “Memorial de la paranoia: sobre una final del fútbol mexicano”, crónica del histórico bicampeonato Puma hecha por Rodrigo Martínez, y para cerrar esta entrega, el fragmento de novela de Alejandro Vázquez del Mercado: “Sucedió un martes”, certera descripción de un mundo imbricado de literatos, escritores y prestanombres.

Falta aún destacar el inicio y el final de este número. En el primer caso, abrimos con un drámico “Treno por la tumba de Celestino L.”, del poeta avecindado en Campeche José Landa, quien ha sido merecedor en dos ocasiones de reconocimientos en el concurso de *Punto de partida*, como poeta y como artista gráfico. Y cerramos con una excelente recomendación a la lectura a cargo de Édgar Mora, quien esta vez reseña la inquietante novela del estadounidense Jeffrey Eugenides, *Las vírgenes suicidas*. **P**

Treno por la tumba de Celestino L.

José Landa

No vuela el pájaro, el aire se posa en una rama.
En su quietud, la tarde amarillea como espesura
del más viejo cedro
y cae, tapiza el suelo del amargo silencio.
Junto a la tumba nace un coro de ayes. Trenan
los descendientes con ardor de vaciedumbre:
Antaño, fumabas habaneros a la orilla de lagos donde
el tiempo se detenía,
eras el bravucón viento-del-norte que se arremolinaba
sobre los pueblos
y ponía a temblar las raíces de los nacastles,
hacías bajar a tierra las flores de los delfas blancuzcos,
sacudías los huesos de árboles carne-de-perro
y abrías con tu caravana de bestias los ríos más profundos
de lado a lado.
Viejo comerciante, vaquero piel de *haya*, coraje de toro
demoníaco, rubio pez,
aquí encendemos un relámpago en tu nombre,
gritamos de furia y dolor por tu muerte de treinta y cinco
lunas,

nos arrancamos las sombras a pedazos, nuestras uñas
gotean oscuridad,
padre de mil generaciones,
por tus manos de sorda lumbre,
por tu pecho de rumoroso río,
por tu andar de fiera nómada,
por tu mirada ansiosa de montañas,
por tu mordida infelicidad *morida* a solas,
por tu queja de eterno insatisfecho.
Aquí encendemos un relámpago en tu nombre,
nos aliamos para quemar los corazones de quienes
quemaron tu corazón,
para cobrar tu sangre.
Nuestra rabia es infinita. Nuestra rabia es infinita
como infinita es tu distancia.
Aquí estamos todos, encendemos un relámpago
en tu nombre, somos tu descendencia.

José Landa Rosas (13 de junio de 1976) es escritor, periodista y pintor. Ha publicado los libros de poesía *Tronco abierto* (FECA, Campeche, 1993), *Habitación del cuerpo* (Ed. del Artesano, 1996), *La confusión de las avispas* (CNCA-Fondo Editorial Tierra Adentro, México 1997), *Álbum extraviado en aguacero* (Mantis Editores, Guadalajara, Jalisco 2005) y, como compilador, el breve volumen de narrativa erótica *El tacto y el verano* (FOMES, 1996). Se encuentra en proceso de edición el CD antológico *Lo dicho, dicho está*. Ha recibido la Primera Mención Honorífica en el Premio Nacional Punto de Partida en poesía (1993); el Premio de Poesía José Gorostiza, de Tabasco (1994); el Premio Óscar Alberto Pérez García (1995); Mención Honorífica en el Concurso de Ensayo Francisco Álvarez Suárez de la UAC (1996); los premios nacionales de poesía de San Román y de la Universidad Autónoma de Campeche (2004). Ha ganado la beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, como joven creador (1993) y como escritor con trayectoria (2002), y la de Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2004-2005). Como periodista ha obtenido el Premio Estatal de Periodismo (2000), y como pintor el Premio de Viñeta Punto de Partida (1994).

CRÓNICA

PREMIO

Memorial de la paranoia: sobre una final del futbol mexicano
Rodrigo Martínez Martínez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

MENCIONES

Coliseo de mis alcoholes
Norma Irene Aguilar Hernández
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

El padre de (casi) todos los tianguis
Juan Antonio García Acevedo
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

Jurado: Josefina Estrada, Emiliano Pérez Cruz

CUENTO

PREMIO

Pedra Bartolomé
Carlos Alberto López Navarrete
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

El extraño caso de Martha
Édgar Omar Avilés Martínez
UAM Xochimilco

Vacios
Ulaneza Arias Medellín
Tecnológico de Monterrey campus Cuernavaca

Donde alguien duerme
Gustavo Alonso Gamboa Ramírez
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Eduardo Antonio Parra, Anamari Gamis, Mauricio Molina

CUENTO BREVE

PREMIO

El otro perseguidor
Leticia Romero Chumacero
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIÓN

Novela negra
Rubén Matías García
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Mónica Lavín, Verónica Murguía, Víctor Cabrera

ENSAYO

PREMIO

De la tecnología, el arte y el dolor de los demás
Elisa Corona Aguilar
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIÓN

La responsabilidad del escritor: Roberto Bolaño y Sergio Pitlor
Guillermo Iñigo Núñez Jáuregui
Universidad Panamericana

Jurado: Vivian Abenshushan, Ernesto Lumbreras

FOTOGRAFÍA

PREMIO

Un lugar sin límites, pasión y su gente
Adrián Hernández González
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

MENCIONES

Anatomía particular
Jesús Salgado Vázquez
Facultad de Estudios Superiores Zaragoza UNAM

Lágrimas de amor
Héctor Dávila Cervantes
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Imagen concebida por el vehículo de la memoria

Sergio Noé Rosas Fernández
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Punctum

Luis Gustavo Enriquez Miranda
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Sombras en la oscuridad

Esteban López Jiménez
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Jurado: Javier Hinojosa, Francisco Kochen

FRAGMENTO DE NOVELA

PREMIO

Sucedió un martes
Alejandro Vázquez del Mercado Hernández
Universidad Panamericana

MENCIONES

Del Sagrado Corazón y del pensamiento immaculado
Luis Iván Santillán Ortega
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Tiempo muerto
Isabel Chavarria Salinas
Escuela Superior de Música INBA

Jurado: Bernardo Ruiz, Gonzalo Saltera

POESÍA

PREMIO

Mirado mil
Armando Antonio Ayala Ochoa
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIÓN

Poemas conjeturales y apócrifos
Iván Cruz Osorio
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Eduardo Hurtado, María Rivera, Luigí Amara

TEATRO

PREMIO

El grillo
Aileen Patricia Martínez Ortega
UAM Iztapalapa

Jurado: Ximena Escalante, Ignacio Flores de la Lama

TRADUCCIÓN LITERARIA

PREMIO

Clytie
Martha Angélica Pérez Isunza
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Mónica Mansour, Marina Fe

VINETA

PREMIO

México antiguo
Nieves Amílcar Velasco Vaca
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

Ventanas y cuerpos
Gabriel Vázquez Dzul
Universidad de Quintana Roo

Bar palpitante
Manuel Díaz Reyes
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

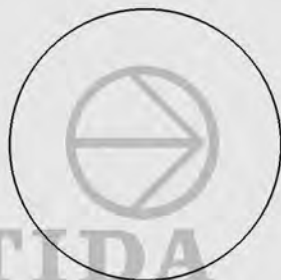


UNAM



PUNTO DE PARTIDA

PUNTO
DE PARTIDA



PUNTO DE

PARTIDA

Punto 

punto 
DE PARTIDA



Concurso 37

Segunda entrega

Poemas conjeturales y apócrifos / Mención en poesía

Iván Cruz Osorio, Lengua y Literaturas Modernas (Inglesas)

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: María Rivera, Eduardo Hurtado, Luigi Amara

Novela negra / Mención en cuento breve

Rubén Matías García, Historia

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Mónica Lavín, Verónica Murguía, Víctor Cabrera

Anatomía particular / Mención en fotografía

Jesús Salgado Vázquez, Biología

Facultad de Estudios Superiores Zaragoza, UNAM

Jurado: Javier Hinojosa, Francisco Kochen

México antiguo / Premio en viñeta

Nieves Amilcar Velasco, Historia

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

Memorial de la paranoia: sobre una final del fútbol mexicano / Premio en crónica

Rodrigo Martínez Martínez, Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Jurado: Josefina Estrada, Emiliano Pérez Cruz

Sucedió un martes / Premio en fragmento de novela

Alejandro Vázquez del Mercado, Filosofía

Universidad Panamericana

Jurado: Bernardo Ruiz, Gonzalo Soltero

Poemas conjeturales y apócrifos

Iván Cruz Osorio

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*A Rafael, Edgar, Leopoldo, Adela,
Alberto, René, Paniagua, Téllez,
Christian, Sandra, Silvia y Abril*

Gilgamesh redime a Enkidú

*[Humbaba maldice a Gilgamesh y a Enkidú]
¡Que ninguno de los dos llegue a viejo,
y que por su amigo, Gilgamesh,
Enkidú no obtenga salvación!
Gilgamesh*

Yo, el más famoso de los reyes,
hombre de sudor y de estirpe
que abrí los pasos de la montaña,
que erigí los baluartes de Uruk
morada de Ishtar;
yo, verdugo de Humbaba
que alcancé los confines de la tierra
en busca de la vida;
yo, Gilgamesh, amigo de Enkidú,
hoy, solitario y enfermo, vuelvo al barro.



Dibujos de Edgar Garcilazo (Tec de Monterrey,
campus Ciudad de México) e Izabel Jiménez
(Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM)



Pido a los dioses
que mis pasos merezcan el olvido,
que mi nombre sea polvo y dispersión,
que la gente de Uruk
no llore ni se lamente por mí,
que no haya duelo,
que no haya luto,
antes bien que el pueblo esté gozoso;
pero que mi amigo, a quien tanto amé,
perdure en el mañana de los hombres
bajo estos muros de ladrillo cocido
que ningún rey en el pasado
ni ningún hombre en el futuro igualará.



Héctor huye de Aquiles

No temo a la cólera de Aquiles,
como no temí al ímpetu de Patroclo
ni al valor de ninguno de los mirmidones;
no importa que me llamen cobarde,
no me cuido de mi gloria,
si ahora huyo del combate,
no es por cobardía,
es el amor por Andrómaca, por Astianac
lo que guía mis pasos.

A otros, tú, dulce Victoria
entrega tus dones,
yo, despreocupado junto a mi esposa y mi hijo,
honraré a los héroes y a su fama.



Penélope a Ulises

Mejor que la treta hubiera fracasado,
mejor que no hubieras salido victorioso,
mejor que otro fuera el dueño de tus argucias,
mejor que las armas enemigas te hubieran emboscado,
mejor que Paris hubiera masacrado tu cuerpo
y que los muros de Ilión continuaran de pie.
Mejor la pena de la derrota,
mejor el dolor de saberte muerto,
que la incertidumbre de esta interminable espera.



Ulises a Penélope

¿Para qué regresar?,
¿para probar el calor de tus labios ya marchitos?,
¿para devolver a Telémaco un padre que ya no necesita?,
¿para medir mis pálidas fuerzas con el lozano vigor
de Pisandro, Medonte, y Antínoo?,
¿para disputarles riquezas?,
¿para turbar a la apacible Ítaca con el regreso de un muerto,
de un fantasma, de una leyenda que circula
cada vez menos entre las voces del pueblo?

Solón habla al pueblo ateniense

Nunca la benigna Atenas morirá
por designio de los dioses inmortales,
es por nosotros los hombres, queridos atenienses,
que nuestra urbe se extingue rápidamente;
somos tal vez los últimos vivientes,
los últimos mezquinos, los últimos saqueadores
de esta tierra de dolores y sollozos,
en breve, el tiempo mostrará nuestra locura,
en breve, mostrará, sin tregua, nuestras torpezas,
que a los dioses ya no podremos atribuir la culpa.





Páladas sobre la descendencia

*La tierra es un inmenso matadero.
Allí aguarda la muerte a su rebaño
lamentablemente: nosotros.*

Páladas

¿Para Ares fatigar los pechos
de las mujeres?,
¿para el dolor y la vejez penosa
criar a un desmemoriado
que será motivo de nuestro llanto?
Menor sería la desgracia,
Zeus sapiente,
si abrieras a los hijos
las puertas, benignas, del Hades
al momento de nacer.

Marco Valerio Marcial rumbo a BÍlbilis tras el asesinato del Emperador Domiciano

En verdad, Quintiliano, los hombres
no somos quienes andamos extraviados
al lanzarnos, unos a otros, amargos reproches,
al consumir nuestra ambición y coraje
en guerras que agregan abatimiento e infortunio,
al erguir, altaneros, la cabeza igual que Júpiter
pese a nuestra insignificancia;
los auténticos extraviados
son los dioses
por entregar sus dones
a un corazón tan insensato
como el nuestro.



Apócrifo primero

Dices bien, Quintiliano,
estos poemas atacan a lo viejo,
estos poemas viven del pasado,
estos poemas no son de vanguardia,
lo acepto,
como también acepto
las risitas y el sarcasmo
que me dedican mis contemporáneos,
los que viven a la moda,
y que ya son freno y obstáculo
de los jóvenes en turno.



Despedida de Marco Valerio Marcial

Quiero agradecer a los dioses
por la razón y el asombro
que acaso me descifraron el Universo,
por el ejercicio de los días,
por las palabras, por los versos
donde pude simular sabiduría,
por el amor de las doncellas,
por la dádiva del llanto,
por el hoy incierto,
por el ayer distinto.

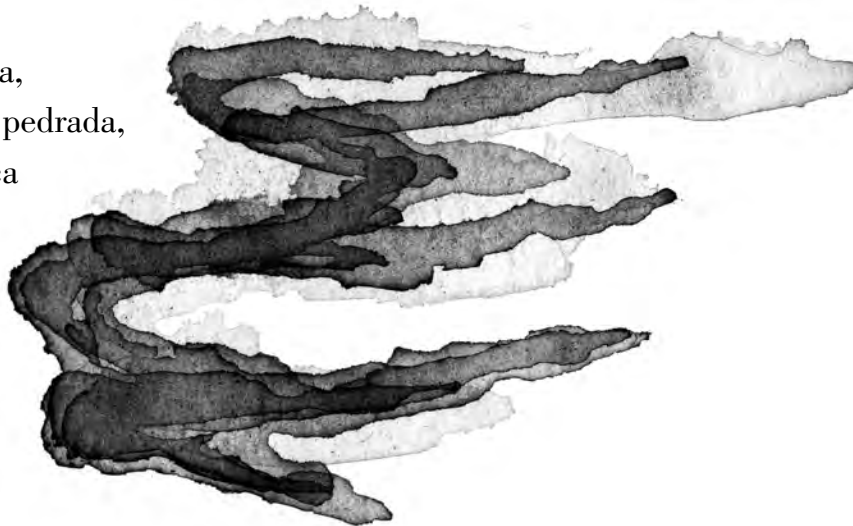
Un poco de tierra
me basta ahora,
a otros aplaste en sus tumbas
la rica estela de mármol,
esa insípida carga que al muerto atenaza.





Diatriba a un poeta social

Este poeta no cantó los misterios del porvenir,
este poeta no cantó el espectáculo de la naturaleza,
este poeta no cantó el amor de las doncellas,
este poeta no cantó al Universo;
este poeta habló mucho de la catástrofe,
este poeta habló mucho de los partes de guerra,
este poeta habló mucho de las ruinas
pero no fue capaz de apuntalarlas,
este poeta no fue un visionario,
este poeta fue más claro que el agua,
este poeta fue más directo que una pedrada,
este poeta envejeció de abrir la boca
sin que nadie se ocupara de él.



A una tripulación perdida

Colegas, camaradas de la misma embarcación,
 hemos encallado tantas veces
 que la idea de llegar al fondo
 nos es indiferente,
 reímos de quien presagia la catástrofe
 porque en ella reconocemos
 el destino único de todos.

Tracemos sin miedo nuevos rumbos,
 desarrollemos nuevas velocidades,
 trabajemos, pues, hermanos,
 por los navegantes que vendrán
 y serán más grandes que nosotros.



Cavafis tras perder la voz

*No me seducen los apetitos materiales
 o el amor por lo positivo.*

C. P. Cavafis

Niega los días que terminarán por devorarte,
 niega los sueños que sólo glorificarán tu nada,
 niega la fe que te dejará hablando solo,
 niega el amor que, inútilmente, te hizo nacer
 para ofrendar tu cuerpo al fracaso.

Vladimir Holan sobre los poetas

*Lo que nos dejan los poetas
está siempre manchado por el tiempo,
el pecado, el exilio.*

Vladimir Holan

De qué sirven los poetas
si no dicen lo que uno quiere decir,
si no saben explicar el pobre circo que son hoy,
si no trabajan por aquellos
que extravían el camino a cada rato;
de qué sirven
si sólo juegan en el lodo
para salpicar a los vecinos,
si, ahora, como aves de rapiña, escriben
mientras la especie se reduce
a unas cuantas señales de vida.



A aquellos, los ausentes aún

Cuando hablen del crimen,
del hambre, del desamparo
en que los hemos hundido,
no sean amables,
no sean indulgentes con nosotros,
condenen, exijan, odien
todo lo que quieran,
piensen que muy pronto
otros serán los jóvenes,
y ustedes los rostros infames
de nuevas ruinas.



Novela negra

Rubén Matías García

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Y sabiéndose uno desalmado y el otro desarmado...
Se acabó el cuento.



Arquetipo, grabado de Mario Maldonado

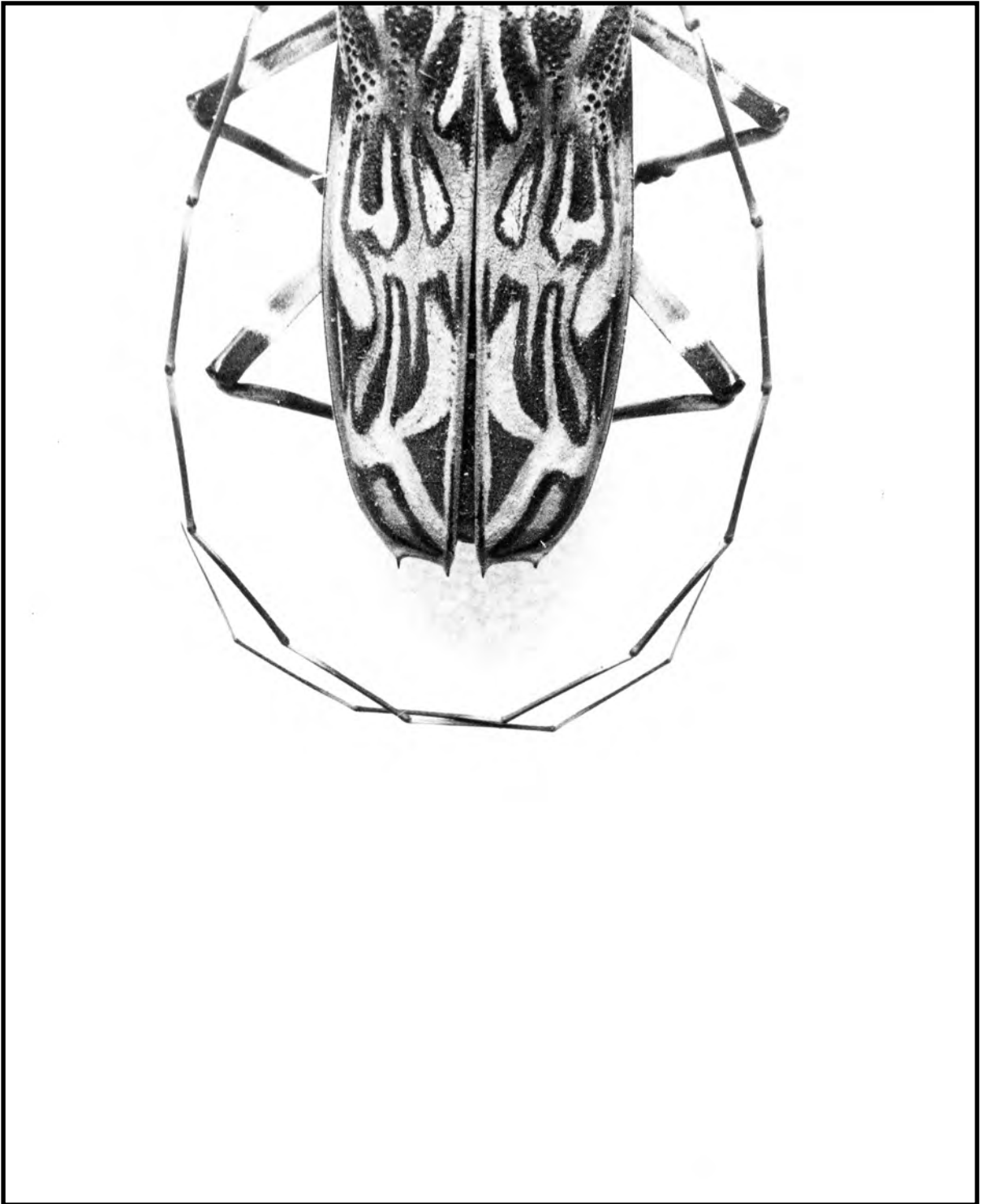
Anatomía particular

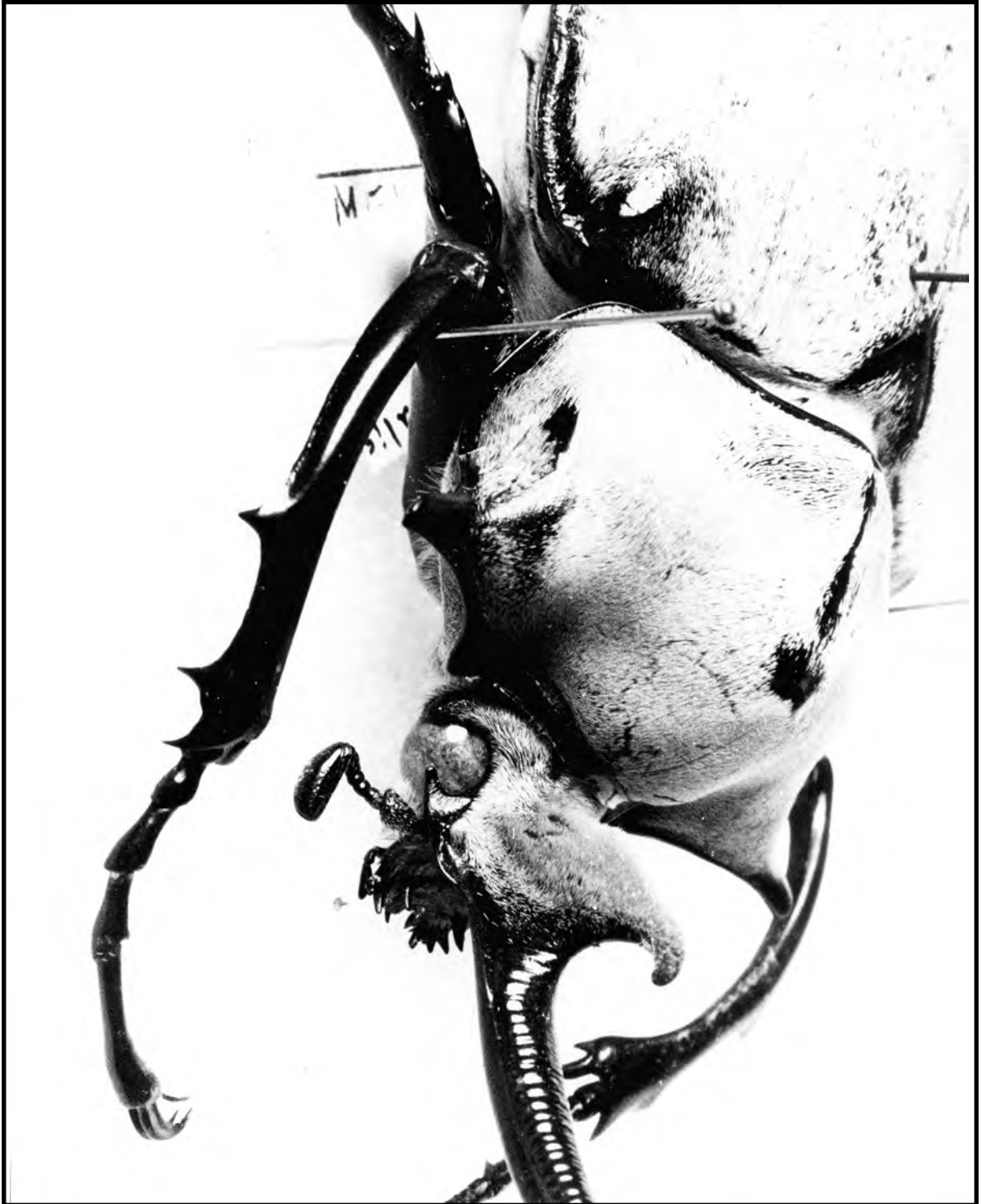
Jesús Salgado Vázquez

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA, UNAM

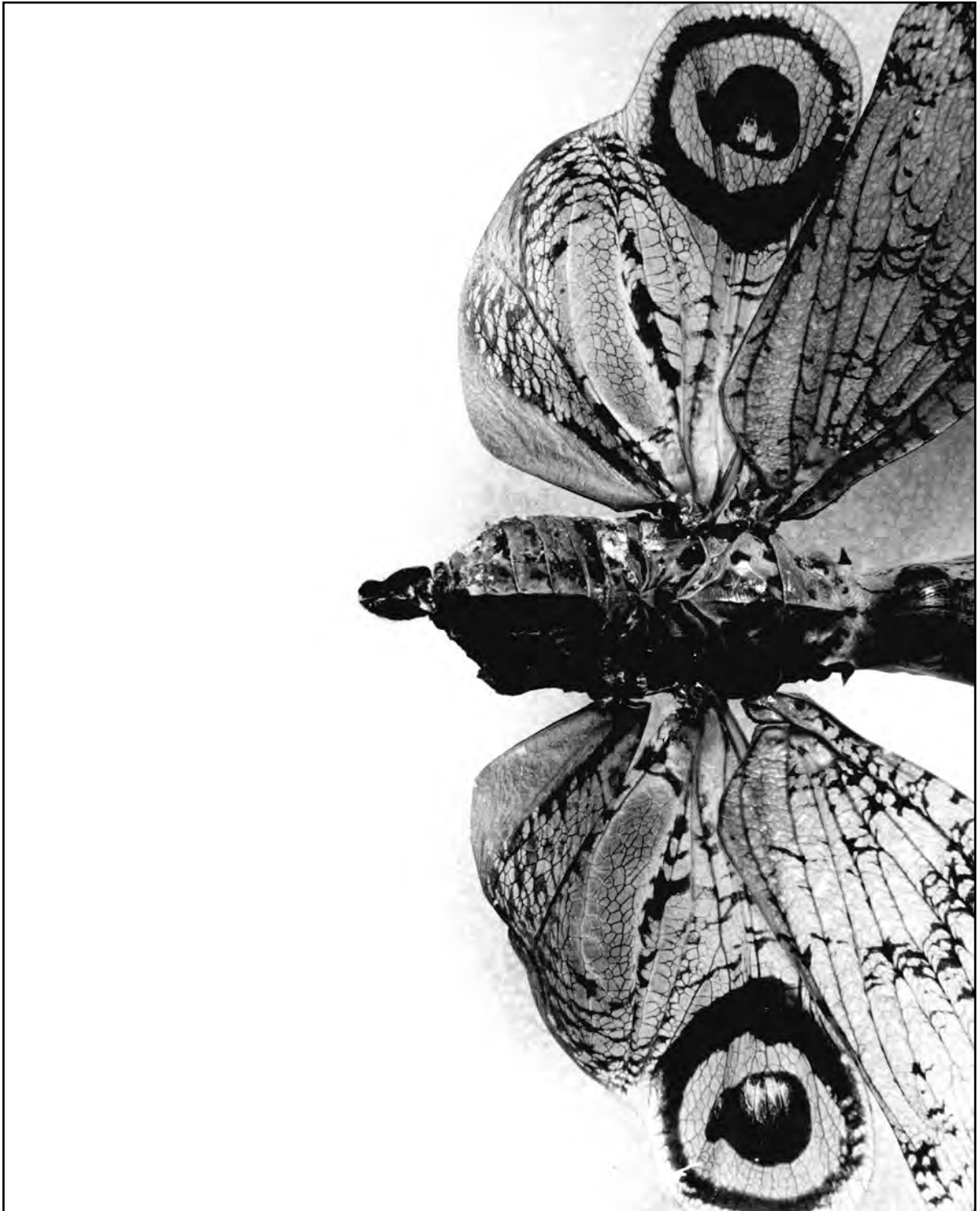
















México antiguo

Nieves Amilcar Velasco

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM



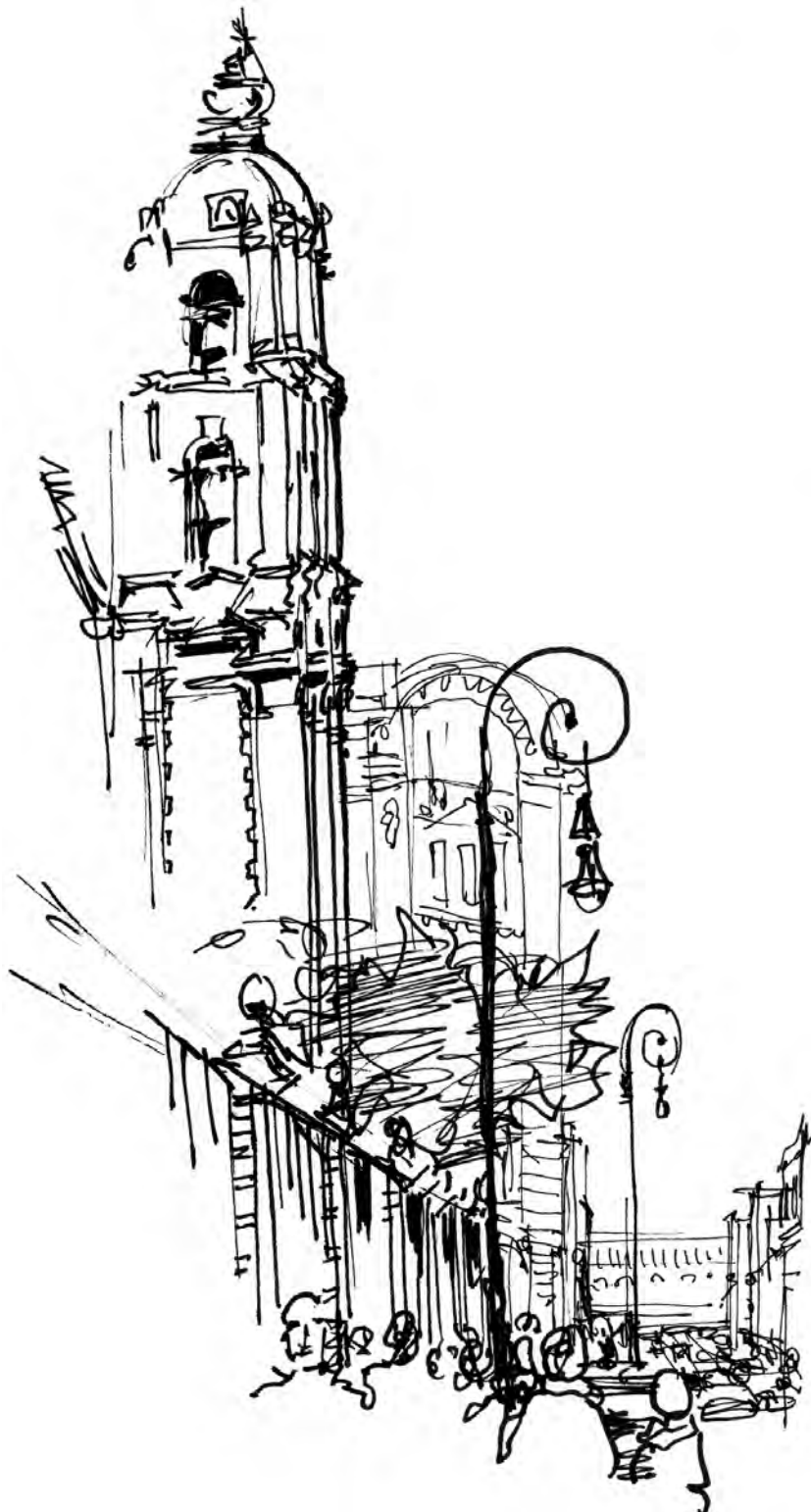












Memorial de la paranoia: sobre una final del futbol mexicano

Rodrigo Martínez Martínez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

En la cabecera del Estadio Olímpico, una mujer había sido levantada por un grupo de muchachos que interpretaban himnos para su equipo. Los sujetos la conducían hacia la zona alta del inmueble como si fuera una hembra capturada para una bestia en celo. Deleitándose, cada uno de ellos palpaba las piernas, la cintura y el busto de la chica hasta que ella volvió a su sitio. Cuando estuvo de pie sobre el concreto, que ya había sido cubierto por papeles blancos y azules, los hombres, convertidos en predadores, pedían nuevas víctimas bramando. En lo que parecía la celebración de algún ritual antiguo, otras adolescentes fueron cargadas y transportadas como trofeos sobre una marea de brazos febriles. Algunas se escabulleron entre la muchedumbre y perdieron los asientos donde se habían acomodado.

Aún faltaban dos horas para que comenzara el primer juego por el campeonato del Apertura 2004. La pantalla del Olímpico repetía imágenes de la campaña del equipo. Arremolinada en los túneles, la gente ingresaba a la sección de butacas buscando aceleradamente un sitio. Por doquier había celulares. Se hacían llamadas inútiles pues de tantos aparatos telefónicos la recepción satelital se interrumpía. Los abrigos de los primeros aficionados habían sido colocados sobre el concreto para prevenir el hurto de los lugares. Desde el otro extremo de la zona, donde más tarde llegaría la porra llamada Plus, vino un primer grito:

—¡Quiero una *chela*, cabrones! —lo que nadie respondió porque una muchacha había sido elevada sobre el público. Sus senos se descubrían por entre las prendas. Coronada por la turgencia de su cuerpo, la



Agradecemos al Club Universidad Nacional su apoyo para la ilustración de este texto. © de todas las fotos: Club Universidad Nacional, A.C.

adolescente era una especie de amuleto al que todos los hombres deseaban acariciar.

En el extremo contrario del estadio explotó una luz de bengala y en la cancha los jardineros hacían los últimos arreglos. Con una neblina espesa y azul de fondo, contrastando contra el color dorado de numerosas camisetas universitarias, la mujer fue asistida para llegar a su asiento donde, iracunda, expresó:

—¡Chingen a su madre, bola de putos!

“¡Cómo no te voy a querer, cómo no te voy a querer, si mi corazón es azul es y mi piel dorada siempre te quereré!” Botellas de cerveza, cristales luminosos, mujeres vestidas ligeramente y hombres con el aliento retocado por alcohol. Por cada grito brotaba un vapor blanquísimo y tras cada porra emergían cientos de voces.



Arriba, el Ángel de la Independencia. Enfrente, una veintena de oficiales, resguardando desde las inmediaciones y, justo alrededor del monumento, otros más, con toletes, cascos y macanas.

Desde Insurgentes y desde Chapultepec, como la corriente de un río, venían los grupos de muchachos hacia la columna del Ángel. Con cervezas en las manos, tambaleándose como trompos en un convite de improviso, los aficionados de Pumas cubrieron Reforma con azul y oro. También había banderas blancas decoradas con el logotipo universitario, que eran convertidas en el refugio de pornógrafos enamorados. A cada paso, tras cada “Goya”, la muchedumbre desechaba los restos del banquete. Los automóviles estacionados a unos metros del monumento se convertían en las trincheras de los bebedores. Todos tiritaban por el frío, excepto quienes habían consumido demasiada cerveza y que, incluso, caían empapados por sus propios tragos.

—¡Hugo para presidente!— gritó algún despistado en asuntos de política. Allá, en la ciudad de Monterrey, los integrantes del Club Universidad Nacional estaban abordando el avión que los llevaría a la capital.

Goyo salió de los vestidores haciendo señales y piruetas. La mascota de Pumas se irguió ante la Rebel, alzó la mano derecha y formó espirales moviendo su muñeca. El público respondió silbando. El personaje contó hasta el número tres doblando su codo contra el



estómago para que los aficionados hicieran una “Goya”. De entre el tufo de marihuana y alcohol, donde los sudores tenían horas estancándose, brotó la celebración de la gente que se deleitaba brincando.

Del otro lado, donde la porra Plus tenía sus integrantes, la iluminación del estadio había sido encendida. En la zona inferior, unos muchachos corrieron hacia la parte frontal de las gradas y, como lagartijas, se sujetaron del enrejado. Las modelos de los patrocinadores habían salido a la cancha. Todos los hombres pitaban festejando el motín y algunos, sintiendo que las miradas no los alcanzaban, tocaban sus genitales disimuladamente.

Mientras aquellas damas agitaban las banderas con publicidad impresa, arriba, donde casi todos los espacios centrales estaban ocupados, los rituales con mujeres habían terminado. Muchos cantaban al equipo y otros, escurriéndose entre las gradas, intentaban apostarse en lugares prohibidos. Con los rostros sobre las manos y los codos sobre las rodillas, los madrugadores desesperaban por el tiempo que todavía faltaba.

Una estudiante de odontología dibujando un diagrama de la estructura dental, el lector de una novela ruralista, mujeres peinando su cabello, ropas de invierno regadas sobre el concreto, celulares resonando como pericos, estruendos de globos que revientan, globos sin aire cayendo sobre la gente, la gente calentando los cuerpos con gritos y cantos, todo convertido en una fiesta donde subía la temperatura y cada cual se torcía un manojito de nervios.



Un trío de oficinistas ocupó los últimos espacios de la zona. Uno de ellos despedía aromas cargados con licor y menta. Los otros dos eran una pareja. Ella aún portaba el uniforme de trabajo y él sólo llevaba la corbata. Saludaron a los aficionados circundantes quienes, heridos por la sed, llamaron a los vendedores de cerveza:

—¡Una *chela*, por favor!

—Hasta las ocho.

—¿Hasta las ocho? Me lleva la chingada —dijo el solicitante tentándose la cabeza con ambas manos. Entretanto, la mascota de la Universidad, encarando la sección donde estaba la Plus, rodeó a una modelo por la espalda. Los brazos del personaje se perdían en el traje de la chica quien, ensayando una carcajada falsa, seguía agitándose con la bandera en lo alto. Como un perro montado sobre una hembra, Goyo movía la cadera y la muchacha sólo se reía. “Mira, se la está cogiendo”, expresó un asistente con los ojos iluminados por la visión. El animador se desprendió de la chica e inició una danza perversa donde, al igual que en un espectáculo de cabaret, realizaba movimientos eróticos con la cola de su disfraz. Las mujeres que habían sido acarreadas como prisioneras festejaron el suceso.

—¡Sin *chelas* no puedo vivir! —gritó un aficionado mientras el resto de los presentes, entre banderines y papel periódico, coreaba al unísono “oh, oh, oh, oh, oh, oh, oh, oh, el que no brinque es un regio maricón”. Los jugadores del Monterrey, encabezados por el guardameta Juan de Dios Ibarra, salieron al campo para realizar sus ejercicios de calentamiento.



En la tribuna, allí donde se esperaba por el duelo y las cervezas, los de Pumas brincaban constantemente y, justo entonces, uno de los oficinistas que había abandonado la fiesta de Navidad de su empresa, tomó la cintura de la mujer que lo acompañaba y, el otro, aguardando detrás, sólo saltaba a pesar de que la chica ceñida era su pareja.

—¡Quiero una *chela*, por piedad!

Bebedores bajo el brillo de las luminarias, grupúsculos de gente alrededor de un monumento desgastado, quebradura de botellas, tronar de voces rasgadas por tanto frío, las *cooler* entre manos y “a ver quién se las chinga más rápido”, “¡que chinge a su madre el piojo Herrera!” y “¿cómo no nos chingamos a esas viejas?”

Allá al fondo, al borde de una banqueta en Reforma, el carrito con atole y tamales; vapores de calderas y vapores de bocas, manos frotándose, cuerpos unidos en



la faena de una tauromaquia humana; los oficiales de policía como ídolos de piedra, las bicicletas varadas entre fango humano, cornetas mugiendo a semejanza de cerdos, “pinche cerdo asqueroso”, le gritó una dama a un muchacho que eructó gases desde el hígado.

Cada vez había más ruido y sonaban porras en Río Tíber y Florencia. Los vehículos se acumulaban entorpeciendo la dinámica de las calles. Los que llegaron por el Metro habían visto vagones sitiados. Ahora cercaban el Paseo de la Reforma con pasos acalambrados o caminatas delirantes. Una manta gigantesca, dilatándose por la bofetada del viento, tenía un aforismo formidable: “Quiero a Pumas más que a mi vieja”.

Espuma de cerveza, mujeres gritando por un balón al área, el público mentándose madres porque nadie ocupaba su lugar. En los pasillos de la cabecera, los aficionados que se habían retardado bloquearon el camino hacia los túneles. Empotrados en los extremos de la escalera, obstruyendo la vista de los presentes, comenzaron los calores. Como aquellos no se sentaban, por estar donde no debían, los otros, esos que estuvieron siete horas en las puertas del inmueble, aventaban vasos con líquido amarillo o papeles comprimidos. Miradas furiosas. “¡Párense huevones!” y, “puta madre,



pinche gordo, quítate porque la piel de puerco no es transparente”.

Y en el trajín, entre agua y vasos, entre gritos de emoción y amenazas furibundas, los expendedores de cerveza y frituras tropezaban constantemente. Atareados por un sinnúmero de clientes, cargando charolas con montones de bebidas, cuidando las bolsas donde estaba el dinero, iban los hombres y mujeres, pisando pies, golpeando rostros con los codos, vertiendo líquido en las prendas. Con estas visiones como escenografía, se gritaba “¡vamos, *Kikín!*” y desde arriba, allá donde era más difícil ver el espectáculo, corría la advertencia:

—¡Ay les va el agua!

Al minuto 20, Guillermo Franco, el número diez de los Rayados, anotó el primer gol del juego.

—¡Diez *chelas*, por favor!

En la cabecera del Olímpico, donde colgaban mantas rayadas, los de la pandilla brincaban y gritaban con

los brazos extendidos. Agradecían con los ojos clavados en azul o con lágrimas apuntando hacia el pasto húmedo de la cancha: “Dios sí perdona; el Guille no”.

—No mames, güey.

—¡Chelas, por favor!

Lo habían arrojado a unos tres metros y luego lo atraparon. Llevaba una máscara de luchador con un logotipo de Pumas en la frente. Detrás, el monumento a la Independencia, cuya base era invisible por la acumulación de gente, servía de colofón al juego. Mientras renovaban los lanzamientos con aquel muchacho, otros se deshacían de vasos desechables y elevaban los banderines y carteles. Las muchachas danzaban moviendo el busto como rumberas y, entre pieles de humo trazadas por cigarrillos ardientes, Eros emergió tentando al público masculino.

Cada vez faltaba menos tiempo para que el equipo campeón llegara al sitio. Entretanto, tras dos horas y media de espera, los asistentes comenzaron a cantar porras a cada uno de los integrantes del plantel. Adelante de ellos, doblegados por la ceremonia de las masas, los agentes de la Secretaría de Seguridad abandonaron sus intentos por arrebatar botellas y objetos peligrosos. Ya desesperados, tumefactos por el frío, como ratones huyendo hacia coladeras, muchos partidarios de Pumas se retiraron rápidamente. El tumulto de vehículos había dado lugar al caos y, desde la multitud, que parecía movida por una sola conciencia, se blandieron algunos frascos como armas y se arrojaron, a la manera de proyectiles, contra los policías que resguardaban la zona.

“Pongan huevos, los pumas pongan huevos.” El auditorio del Estadio Olímpico, clamando como un Minotauro sin víctimas, pedía un gol con gritos de entrañas y saltos de codorniz. Durante el primer tiempo, Monterrey había dominado con fútbol ofensivo. Al inicio del segundo lapso, cuando todavía nadie se mascaba las



uñas, incluso cuando muchos seguían esperando en las filas de los sanitarios, Universidad tuvo un saque de esquina. Las manos de todos los concurrentes simulaban actos de hechicería. Joaquín Beltrán y Darío Verón, defensas centrales, se clavaron al filo del área chica.

Corriendo como gacelas entre gente entumecida y sobre escupitajos putrefactos, sufriendo colisiones con otros aficionados, mentando madres y llevando las cervezas con presunta cautela, los que venían del baño interpretaron la brujería manual de sus partidarios. Los caballeros, aún con las braguetas abiertas, con los pantalones húmedos por orina o por cerveza, se apostaban en sus lugares entre empujones y tropiezos. Las mujeres se arreglaban el cabello o atendían sus celulares.

Minuto 5: banderines como oleadas, los diseños de la magia, Saturno, convertido en mil voces, al igual que en el óleo de Goya, devoraba las porras de los Rayados como si éstos fueran el hijo victimado en aquel episodio. Las piolas sacudiéndose. Beltrán, con el número tres al dorso, con muchos años percibiendo sueldos reducidos, aplaudiendo en el *corner*. Destellos de luz, fotografías; cerveza como lluvia y saliva desde cada boca. Pumas, uno; Monterrey, uno.

Siguió el encuentro. En la meta de la *pandilla*, Juan de Dios Ibarra, sembrando nervios, exigía orden a Pablo Rotchen. El arquero, quien había aparecido en la



alineación titular por la lesión de Christian Martínez, miraba los embates de un club resucitado. En el extremo contrario, donde Bernal enviaba el balón hacia un lateral, Guillermo Franco encaraba a Verón. El anotador del primer gol ya casi no recibía el esférico y Monterrey estaba vulnerable. Desde el botín de Leandro Augusto salió un vector de hule y espuma que pegó justo en la palma del guardameta regiomontano.

—¡Pinche portero, no mames!

—Ya casi —y de la tribuna, antes que Saturno volviera al Olímpico, se distinguió un canto al unísono. La Rebel tenía aires de surrealismo por aquello de la marihuana fumada anteriormente y la Plus era una fiesta orquestada por bombo y mujeres acaloradas.

“Pongan huevos, los Pumas pongan huevos...”

Al paso de un camión enorme, uno de aquellos con que la gente hace visitas al centro de la ciudad, rasgando sus gargantas, los muchachos vociferaban: “¡Hugo, no te vayas!” El técnico bicampeón mostraba el trofeo elevándolo con ambas manos sobre la parte frontal del vehículo. La avenida Reforma, convertida en el recinto de una ceremonia dionisiaca, estaba colmada de aficionados. La gente se subía en el toldo de los automóviles aparcados y, estirándose hasta donde era posible, intentaba llegar hasta sus ídolos. Otros, postrados en



el trayecto, hacían devociones a San *Kikín* que, unas dos horas atrás, bajo la furia del Estadio Tecnológico, cuando corría el primer minuto del segundo tiempo, aprovechó un balón a la deriva y anotó el único gol del encuentro.

Los devotos del fútbol universitario todavía recordaban a Guillermo Franco extendido sobre la grama del Tecnológico, soltando lágrimas como una mujer en luto. En Reforma se festejaban los errores de Jesús *Cabrillo* Arellano y el cabezazo ligeramente imperfecto de Ismael Ibarra cuando marchaba el minuto 44; aquel suceso que había silenciado a la Macro Plaza de Monterrey, donde el gobierno local puso pantallas gigantes, provocando que la gente se cogiera los cabellos y reventara en sinfonía de uñas crujientes por el filo de muelas desgastadas.

Sobre el turibús, los jugadores del Club Universidad firmaban camisetas que, una vez entregadas, se disputaban como agua en un desierto. Las mujeres ofre-



cían sus dones como recompensa y numerosos oportunistas les tentaban las carnes. Al igual que arañas trepándose sobre paredes húmedas, los aficionados intentaban escalar por los costados del camión. Detrás, en otro vehículo, el cual había sido emboscado en su rodar por Florencia, los familiares de los campeones atestiguaban panorámicas del hedonismo.

Entre calores provocados por saltos y gritos, por la temperatura de cuerpos transpirando alcohol y pasiones desafiantes, por los que se atravesaron en el trayecto y quienes dieron saltos mortales para llegar hasta sus jugadores favoritos, entre todos ellos y los gestos de batalla, donde se repetía “Hugo a la selección”, el arribo de los vehículos se retrasó 44 minutos. Ya en el Ángel: “¡Goya, goya, cachún, cachún, rra, rra, goya, Universidad!”, y la mano de Hugo Sánchez, como el día que hizo el gol de antología contra el Logroñés, se elevó cerrándose para formar el puño que simboliza la pertenencia a los clubes deportivos de la UNAM.



Desde el banquillo de Monterrey, Miguel Herrera enfureció con el arbitraje y, haciendo muecas y señas a Mauricio Morales, el mediador del encuentro, se desquitaba de lo que veía como una serie de injusticias. Los Rayados, cuya ofensiva había desaparecido en la cancha, sólo resistían ordenadamente los ataques de Universidad. En la otra banca, el *niño de oro*, pretendido reformador del fútbol mexicano, había reorganizado el parado del equipo universitario. Entre sus modificaciones, cuando los locales estaban asediando el arco de los regios, vino un cambio. Ingresó David Toledo, de 22 años, diminuto, con la piel oscura, casi de liebre parda.

Arriba, en el graderío, la zona de la Rebel era un ceremonial de brazos cruzados, torsos desnudos y cigarrillos consumiéndose. Por la Plus el “pongan huevos” subía de volumen. Cientos de vasos humedecidos, abrigo empolvado, maculado por huellas de tierra, gritos y mujeres, mujeres con mejillas coloradas y mujeres ciñéndose de sus amantes. Hombres embrutecidos, hombres tolerando empujones y alientos próximos, concentrándose en el juego. La venta de cervezas se había cerrado.

—¡No mamen, nunca me trajeron mi *chela*!

En la madrugada del día doce de diciembre, los rastros del alcohol y del pecado estaban regados sobre el



pavimento de Reforma. Dionisio, guía de los concurrentes, se deleitaba en las sombras con los amantes y en las luces con los bebedores. Las alas de humo de los cigarrillos y las mantas de tela, tejidas de milagros durante la temporada, coloreaban la calle por donde el equipo debía salir. Varados en una marea de carne y hueso, entre tempestades de porras y consignas de ignorantes (de nuevo: “Hugo para presidente”), los vehículos de los campeones tuvieron que salir a través de Medellín escoltados por los últimos fanáticos.

En la corona de la madrugada, cuando el equipo pudo desafiar las multitudes, sólo permanecieron un montón de trasnochados. Los granaderos bajaron los toletes y descansaron sobre las banquetas. También había autos cubiertos con tierra, marcados por ligeras abolladuras, convertidos en los restos más grandes del festín. Y por Reforma, andando hacia Insurgentes, más allá de las tres de la mañana, movidos por fe con trabajos de alcohol y cigarrillo, pequeños grupos de aficionados emprendieron una nueva ruta rumbo a la Basílica.

David Toledo, menudo como una cabra, con el 17 en los dorsales, se escurrió entre la defensa del Monterrey, midió el pase de Israel Castro y, a 600 segundos del final, sacudió las redes de la portería protegida por Ibarra. Los que estuvieron en el palco, rodeando al rector y otros notables, sentían los temblores en la estructura del Olímpico. En la cabecera, con las gargantas como nudos, los de Rayados dejaron de saltar. En la Rebel sólo se dieron cuenta quienes aún veían el par-

tido, el resto, sacudidos por la violencia de los gritos, notaron el marcador en la pizarra. En la Plus escurría refresco sobre el bombo y, tomadas por las caderas, las hembras de Saturno, quien había vuelto al inmueble, fueron elevadas hacia el cielo.

La gente se abrazaba con desconocidos. Había saltos, risas y gritos. “¡Otro gol, *Kikín!*” clamaban dos aficionados que, como el Gordo y el Flaco, hacían figuras corpóreas tropezando de vez en vez por colisiones de piruetas. En la cancha, donde Pumas dominaba, se repetían los recursos deportivos: pases elevados hondamente irracionales, golpeo de balón imperfecto, ida y vuelta sobre el pasto, falta y pitazo del árbitro Morales. Aroma de contragolpe, uñas decapitadas por la espera de otras anotaciones, expendedores de frituras mirando el encuentro, silbidos de hojalata, estómagos fuertes bombeando aire para las últimas “Goyas”. Enraizados como árboles, nadie se movía del concreto, esperando el cierre del juego. Muchos se preguntaban si la ventaja de un gol sería suficiente para el enfrentamiento en el Tecnológico.

En Reforma: virgen cobijada por banderas de Pumas, virgen en playeras, virgen cuando *Kikín* anotó el gol del campeonato; virgen en la madrugada para los feligreses que llegaban desde provincia, caminando sus penas, con los callos vomitando pus, como saliva de vaca en el verano. Virgen en camionetas llenas de lodo. Neumáticos reventados y fe. La marcha de los creyentes y la fiesta de los campeones. La reverencia y el desparpajo. Ancianos extraviados, con la mochila al hombro, queriendo ver a la virgen en su día. Sagrada Guadalupe, la bendita entre mortales, la santa generosa. Los aficionados y jugadores agradecían ante su imagen la celebración de otro campeonato.

Beltrán y Fonseca, de pie ante la Rebel, elevaron el puño derecho apuntando hacia una luna imaginaria. Inició el himno universitario y ambos cantaron tan fuer-



te que se escuchaba en el graderío. Todo el Estadio Olímpico, sereno como un rinoceronte, interpretaba la composición. Cuando ésta concluyó vino un “Go-ya” y Hugo Sánchez encabezó el descenso hacia los vestidores. Toledo, el joven de la banca, quien había cambiado el funcionamiento del equipo, todavía fue celebrado. La odontóloga desapareció. Los oficinistas se separaron por respeto al novio verdadero. El Gordo y el Flaco solicitaban más cervezas. Club Universidad ganó el primer partido con marcador de dos a uno. La última pancarta, ya doblada, anunciaba una visión solidaria: “Pumas: mi vida, mi pasión, mi locura”.

Orina en las banquetas y en los muros; vasos y botellas coronando el pasto de las jardineras; un banderín perdido, tallado contra piedras, con ligeras roturas al

centro. Condone rotos, restos de calenturas amorosas; cristales opacos, ocres como tabiques remojados; vagabundos olfateando como felinos por un pedazo de alimento; Reforma sacudida por barrenderos; el Ángel de la Independencia reducido a la memoria. Plástico y manchas sobre el piso; las banquetas con algunas pintas y el pavimento relleno de papeles blancos; aromas desagradables; todavía el tufo sólido e inconfundible de la marihuana. Sólo en la Basílica la misa. La noche anterior, en el Estadio Tecnológico, Club Universidad venció a Monterrey con gol único de Francisco Fonseca. Los Pumas obtuvieron el primer bicampeonato en la historia de 17 torneos cortos. Después del festín nocturno, el aroma de la cerveza emergía acentuándose con las radiaciones de mediodía. Saturno, o las miles de voces que engulleron el estadio, estaba dormitando en el cumpleaños de la virgen y, tras el saldo de la noche, sólo hubo un detenido por faltas a la moral. **P**

Sucedió un martes

Alejandro Vázquez del Mercado

UNIVERSIDAD PANAMERICANA

1.

Solíamos llamarlo “el taller”, pero en realidad era algo distinto. Yo estuve casi desde el principio, durante algunas épocas llegamos a ser tres, dos, por un corto tiempo sólo yo, en completa fidelidad al doctor Regueiro.

Ésta era la dinámica: nosotros trabajábamos y él publicaba los artículos, si alguien se burlaba de sus orígenes gallegos golpeaba la mesa y se iba. Si alguien preguntaba contestábamos que lo hacíamos por “experiencia”, pero además obteníamos beneficios adicionales como artículos en coautoría, un agradecimiento en el nuevo libro de Regueiro o un puesto en el *presidium* de algún evento insulso.

Objetivamente, las cosas no eran tan frías, tan contractuales. Todo aquel que alguna vez se paró el martes por la noche en casa del doctor Regueiro provenía de su aula en la universidad. Al principio era una especie de pasión, una pasión calculada, todo muy *ad hoc* con la filología. Los profesores eran como *cowboys* que abrían los libros en plena clase como las puertas de una cantina y comenzaban a hacer preguntas y a buscar a la chica. Regueiro, en cambio, era como un francotirador que llegaba con todos los datos necesarios para realizar su labor con rapidez y eficacia.

Muy frecuentemente la oscuridad de un asunto lo prolongaba durante varias sesiones. Yo tenía que contar la proporción de sustantivos y adjetivos, alguien más buscaba todas las referencias bíblicas y, así, hasta que de pronto todo tenía sentido y la tesis era irrefutable.

A lo largo de los años yo había permanecido en el taller, el único fiel a Regueiro, no por faltarme el desencanto sino por haber resistido a éste. Aspiraba a convertirme en su mano derecha, o lo más cercano a eso que pudiera llegar. Para el doctor sus colaboradores eran tan importantes como sus lecturas. Por ello mi satisfacción cuando llamó por teléfono, por primera vez, por un motivo que no fuera cancelar una de las sesiones:

—Quiero pedirle un favor. ¿Qué sabe de Everardo Ocejo?

—Conozco su obra —respondí.

—¿No lee los periódicos?

Sabía que no era una pregunta retórica, pero me quedé callado hasta convertirla en una.

—Acaban de darle un premio. ¿Eso sí lo sabe? Bueno, resulta que sale alguien más y asegura que Ocejo es su prestanombres, se hizo un escándalo. Nadie tiene planes de demandar ni nada por el estilo. Acabo de ver a Meléndez y me dijo que la prensa sensacionalista está preparando una especie de reto, por supuesto que para cuando se publique la aceptación de los participantes ya estará acordada. Él será el encargado de hacerlo, algo así como darles una trama para desarrollar.

—Los textos se van a publicar y una de las opiniones que pedirán será la suya...

—Sí, pero no la voy a dar. Mi plan es llegar a ponerle punto final a esa discusión. Si no puedo hacerlo como a mí me gusta prefiero no meterme. ¿Se entiende?

—Lo que no entiendo es por qué Ocejó se rebajaría a participar en semejante circo.

—Todo es bastante verosímil. La opinión pública es que desenmascararon a Ocejó. El tipo no da una entrevista, cada vez que habla parece que recita líneas aprendidas de memoria. Y otra cosa. Es demasiado literato para ser uno, su vida es un pastiche de lugares comunes.

—Entonces si es, en efecto, el auténtico autor...

—En cualquier caso lo hará. El tipo se está muriendo de hambre y en este caso la salida digna se verá como patadas de ahogado.

—Y yo..., ¿qué tengo que hacer yo?

—Quiero que hable con los demás para ver si les parecería bien trabajar en esto, quiero que presente todo como idea suya. Ellos le tienen mucho respeto, y no quiero que se lleven la impresión equivocada.

—¿Eso es todo? ¿Una consulta de opinión? ¿Y si tiene resultados favorables una propuesta en público?

—Y también ir preparando el terreno.

—Que vayan haciendo su tarea.

—Exacto, que vayan haciendo su tarea.

El doctor, muy amable, me preguntó por mi familia y por la esposa que dejé de ver hace años. Cuando comenzaba a asistir al taller me preguntó si tenía novia o esposa. Desde entonces, cada tres o cuatro meses, me preguntaba por ella. Yo contestaba que bien, para ayudar con el trámite, el martes en la noche no es un lugar propicio para cortesías.

Ilustraciones de Diana Haro Sauza, ENAP-UNAM





Durante los siguientes días releí los libros de Ocejo que tenía y adquirí uno de los dos que me faltaban. A mis alumnos de la preparatoria les ofrecí puntos en la calificación por llevar recortes de la noticia, que parecía estar en todas partes desde que Regueiro me habló.

Ocejo siempre fue uno de esos autores desconocidos que se promociona de boca en boca. Sus libros estaban agotados, no por éxito en las ventas sino porque los tirajes eran muy cortos, algunos habían sido reimpresos y sólo uno por segunda vez, y de cualquier manera hubiera salido un nuevo tiraje aunque el escándalo no hubiera disparado las ventas (entiéndase esto dentro del contexto adecuado, Ocejo jamás será un *best seller*).

El premio que ganó más que nada le redituó en respeto. Las librerías irían exhibiendo tímidamente *Destajos*, quizá con el tiempo dos o tres novelas más, los consumidores de cultura comenzarían a comprarlo con el mismo recato. Con mucha suerte hubiera visto una edición de sus obras completas en vida.

Los sucesos de entonces sólo aceleraron un poco este proceso, exceptuando el respeto, que permanecería en aquellos pocos que no estábamos seguros de que se tratara de una estrategia publicitaria.

Ocejo es un novelista. Su *opera prima* fue un infeliz librito de poemas de los que él mismo pronto se desentendió, y aunque su prosa era de una austeridad y sencillez poco comunes, sus tramas y personajes mantuvieron el barroquismo y oscuridad de aquellos primeros poemas. Ocejo no invita a la relectura, amenaza con ella desde las primeras páginas.

Por ello no me sorprendió demasiado mi éxito el siguiente martes, fuera de la casa del doctor Regueiro. A fin de cuentas no eran más que unos jóvenes pretenciosos, como lo fui yo y como pretendía seguirlo siendo a mis treinta y cuatro años. Dedíquense a la literatura, entonces estarán rodeados de ancianos y un día, a los cuarenta y tantos años, se sorprenderán leyendo un artículo que diga “El joven crítico / escritor / cate-drático” inmediatamente seguido de su nombre. Al menos para mi es un incentivo.

Mi cabildeo comenzó con Regina. En cuanto terminaban las sesiones ella salía inmediatamente a fumar, a veces antes. Los demás se quedaban a preguntar tecnicismos o a comentar los libros que estaban leyendo o a arremeter contra Harold Bloom.

Así fue siempre, hasta que se daban cuenta de que a Regueiro no le importaba y que realmente obtenían muy poco del taller. Todos excepto yo, que a lo largo de seis años confirmé una y otra vez que aquello me gustaba.

Sentía como si fuera eterno, como si hubiera pasado por varias conflagraciones y empezara a notar poco a poco esa manera tranquilizadora en que se repite todo. Si me esforzara podría recordar en este momento tres o cuatro Reginas, todas fumaban y hablaban parecido.

Preguntar era fácil, sabía que tenía al menos un libro de Ocejo en un estante de su librero, posiblemente muy cerca de *Finnegan's Wake*. Pero temía dar la impresión de que me motivaba la situación que en último término me motivaba, la que a todas luces motivaba a Regueiro.

—Claro, ¿por qué no? —y una sonrisa forzada.

En eso salieron los otros tres y ella se fue como si no quisiera escuchar lo mismo de nuevo. En realidad nunca se quedaba, nunca nadie se quedaba, y en ese momento tuve una revelación. Yo ya estaba acostumbrado a esas charlas de cinco minutos a la salida de casa del doctor, pero por alguna razón ellos nunca se hablaban.

Bastaba con decir al principio de la siguiente sesión que había hablado con algunos de los..., sí..., y todos estaban... y todo eso. Actué conforme a mi plan y los rostros de los recién informados se veían muy parecidos al de Regina. ¿Cómo olvidar que ahí todo daba igual? Si por eso me gustaba.

Regueiro asintió dócilmente, como si se hicieran aquellas sesiones para nuestro placer y eso además fuera la cosa más natural del mundo.

Se levantó y regresó con algunos libros y papeles, la mayoría copias sueltas, algún borrador con su letra.

—Como ustedes saben, ésta no es mi especialidad —dijo—. Rivera, ¿por qué no nos habla un poco de Ocejo?

—Se llama Joaquín Hernández —dije esforzándome por no parecer enciclopédico—, desde su segundo libro firma como Ocejo, el primero era de poemas. Tiene seis novelas.

—Siete —dijo Miguel—, son siete. Los cuentos de *Historia de un desfalco*, si se ignoran los cambios de nombre de los personajes y otros detalles, son los capítulos de una novela.

Sólo moví la cabeza mientras Regueiro, con una sonrisa sádica, me entregaba un artículo que hablaba sobre eso. Era un dato curioso que se me escapó, a mí,

el maestro de los datos curiosos. La lectura de *Desfalco* como novela fue un rito sectario en el que nunca se me inició, una charla de café que nunca tuve.

—Bueno, ya vimos quién debe continuar hablando —dije, tratando de parecer amistoso.

Y sí, la venganza es un plato que se come frío, pero yo nunca he tenido que esperar a que estas cosas se enfríen. No es que me sienta un iluminado por encima de las pasiones humanas y la situación antropológica, pero si hubiera seguido escribiendo como alguna vez pensé que lo haría, habría hecho algo así como repetir la obra de Valéry, ¿me explico? Así que callé plácidamente y escuché la pequeña cátedra de Miguel comprobando con gusto que sabía más o menos lo mismo que yo.

Luego algunos hicieron preguntas o dieron opiniones triviales. A menos que Ocejo aceptara el reto estábamos perdiendo el tiempo, pero siempre era así, quizá no del todo los oportunistas, pero para el común de las jóvenes mentes engolosinadas con términos literarios aquello era una pérdida de tiempo. ¿O es que aprendían algo nuevo? Las bocas se les llenaban de oximorons y narradores exegéticos y luego, como putas —no se olvide que yo fui un joven literato—, discretamente los escupían sin que uno apenas se diera cuenta. Y todo estaba muy bien, pero esta vez había el peligro de que otros se dieran cuenta de que estábamos perdiendo el tiempo, y eso de algún modo hubiera roto el encanto.

Hasta aquel momento todo era un pretexto para obligarlos a leer semana tras semana la obra de Ocejo. Lo harían, por una especie de obligación moral o agradecimiento, o ganas de hacer méritos. Lo hicieron, lo hicimos, analizando desde detalles apasionantes de la trama —lo cual a Regueiro y a mí nos aburría terriblemente— hasta la sintaxis de ciertas oraciones.

Cuando llegamos a *Destajos*, Jaime —estoy casi seguro de que se llama Jaime, aquí lo voy a llamar Jaime— y Mariana se emocionaron. Era una novela que ya conocían, nadie se puede perder esa charla de café, la habían leído y les gustaba, la recordaban con cariño. Ellos no tenían ningún *Finnegan's Wake*, quizá ni siquiera tenían *Destajos*, un amigo o enamorado se los había prestado, y si lo tuvieran estaría junto a Herman Hesse.

Pero no, los pobrecillos ignoraban que nunca íbamos a aclarar o siquiera discutir el ambiguo final o la rebuscada interpretación que invertía los episodios de sueño y vigilia del protagonista. Y es que parecía que leer a Ocejo consistía en inventarse una clave y ver todo desde ahí, y todos tenían una o varias y buscaban nuevas, pero en vez de eso salieron con el encargo de buscar y analizar este o aquel recurso literario, de escribir sobre eso y llevar copia para contagiar a los demás el aburrimiento, y desquitarse encontrando fallas y puntos débiles en las tesis de los demás. Precisamente a ellos dos, a *Destajos*, a su *Destajos*, como si Regueiro supiera todo esto y no hubiera querido dejar una sola duda de lo que estábamos haciendo.

Aquella vez se quedaron a hacer preguntas, costumbre que se había perdido desde que comenzamos

con el proyecto. Salí y encontré a Regina fumando, sentí todo muy parecido a la vez que le pregunté (*If they'd give me a quarter for each deja vu...*). Miguel ya se había ido, siempre tenía cosas que hacer y no se quedaba salvo cuando podía ahorrarse un par de horas en la biblioteca hablando con Regueiro. Al parecer tenía la imperiosa necesidad de doctorarse a los veintiséis, veintisiete o veintiocho años, otra más de las cosas que me recordaban mi oscuro pasado. Siempre voy por la vida topándome con mis oscuros pasados y mis futuros apocalípticos, fue así como una vez me di cuenta de que lo peor que podría pasarme sería convertirme en Regueiro y decidí que si me dirigía hacia eso con todo mi empeño cualquier cambio inesperado sería para bien.

Sabía que era escapista, pero de algún modo resultó ser bastante terapéutico.

Regina me llamó, se veía con ganas de llamarme por mi nombre de pila pero evidentemente no lo sabía así que me dijo “mira”, y después de una pequeña pausa bajó la cabeza y sacó de su bolsa de mano un recorte que me entregó.

—¿Sabías algo de esto?

No supe qué contestar.

2.

No me había dado cuenta de lo diferente que me percibían hasta que comencé a hablar con Regina. Pensaban que yo era algo así como un intelectual de medio pelo atascado en la academia, o eso inferí de mis primeras conversaciones con ella. En todo caso, daban

por hecho que yo colaboraba directamente con Regueiro. Miguel, que nunca fue su alumno, pensaba que yo era el adjunto. Resultó que no sólo hablaban entre ellos sino que hablaban de mí.

Ésa ha sido mi eterna tragedia. Yo que siempre digo las cosas que de cualquier manera tendría que decir alguien, que me ocupo cuidadosamente de ser insignificante. Pero ser insignificante es también ser algo, es ser un académico de tiempo completo.

Quiero ser objetivo. Fundamentalmente, soy un profesor de bachillerato, doy una clase en la universidad, no es una cátedra. De eso vivo y no me molesta. Pero eso no es ser un académico. Los académicos publican y se leen entre ellos, es un negocio redondo, y yo desde siempre comprendí que es absurdo un reconocimiento que no viene desde fuera, y también comprendí al mismo tiempo que en última instancia ningún reconocimiento es externo.

Todo esto hubiera querido decirle a Regina, pero me limité a explicarle que los martes en la noche eran para mí una costumbre, como para otros era ir a comprar el pan o a rentar películas. Pero, después de aquel giro incómodo, volvimos al asunto del recorte.

—¿Tienes tiempo? —le dije—, vamos a otro lado y te explico.

—Sí, espera. Sólo quiero mostrárselo a los demás.

Empecé a preguntarme si por algún motivo quería que lo supiera primero yo, pero después recordé el cigarro y empecé a preguntarme por qué estaba tan segura de que no se podía fumar dentro de la casa. Recuerdo haber visto a alguien fumar, quizá a varias personas, incluso al mismo Regueiro.





Por el tiempo tan breve que estuvo dentro me dio la impresión de que les dejó la noticia y se despidió sin decir más. Fuimos caminando hasta un café que está casi cruzando la calle. Tenía una gran necesidad de sincerarme y ponerle fin a las futuras dosificaciones de información que estaban por comenzar.

—Parece que esto lo cambia todo.

No había un solo dejo de agresividad en su tono. En realidad exageré, no es tan parecida a las otras Reginas. Incluso en aquel momento, aunque precipitadamente, hubiera estado dispuesto a admitir que no era una Regina.

—Estas sesiones no fueron mi idea, sino del doctor.

Estaba emocionada. Ahora que lo reconstruyo me doy cuenta de que estaba emocionada y que entonces debí saber que las cosas estaban un poco mal. Le conté de Meléndez, y de cómo Regueiro sabía del resto y quería anticiparse.

—Eso lo hace más interesante todo —dijo.

Y entonces caí en la cuenta de que ni siquiera me había molestado en leer el titular para saber si Ocejo ya había respondido al reto. Compré el periódico solamente algunos días y a los muchachos no les habían interesado los puntos en clase. Soy demasiado barco, lo sé. Pero el periódico no hablaba de eso, decía algo que ya todos sabían, todos los que hubieran visto el noticiero de la noche o hubieran leído al pasar un re-

cuadro en la primera plana de los diarios vespertinos, es decir, todos.

—Ocejo se suicidó.

Ocejo se suicidó. Ella me lo dijo como una hipótesis pero después resultó ser así. No se suicidó de cuarenta cortes de navaja, esas cosas pasaban cuando yo era más joven. Sólo de uno, como Séneca (¿o fueron dos?) y como al parecer lo intentó un tendero que tuve cuando viví en la colonia Roma (ése sí era uno).

Como suponía, ella ya no traía la nota. Permanecimos unos minutos más en el café y dimos por terminada la charla, que de ningún modo había sido una charla de café.

No me alteré. Desde niño dejé de tener héroes. Salvo aquella vez que me pareció que tener héroes jazzistas era muy cortazariano. Pero eso duró menos de dos semanas. En serio. No sé qué instrumento tocaba Thelonious Monk ni quiero saberlo. Pero me pregunto si Ocejo alguna vez se acercó. Nunca terminó de gustarme, sentí muchas veces un recelo, una sospecha de que hacía lo que yo no entendía por motivos sencillísimos que llanamente se negaba a explicar. Quizá ésta sea la lógica de la admiración y eso daría para una charla cuyo género no tengo que explicar.

Esa noche y durante los siguientes días me enteré de algunas cosas más. Detalles insignificantes en su mayoría. Lo importante es que el reto nunca fue formula-

do y que el hasta hace poco desconocido que reclamaba la obra de Ocejo estaba desaparecido.

Ocejo tenía 53 años cuando sucedió esto. Vivía solo, tenía una hija con la que no se hablaba. Se mantenía con sus pocas regalías y haciendo traducciones del japonés. A pesar de no ser una vida de gozos y de que cortarse las venas (la vena) es muy literario, quizá eso era lo único que descuadraba.

El suicidio no es nada ocejiano. No sólo porque en distintas ocasiones lo descartó llamándolo un acto de pésimo gusto, sino porque además de toda su obra en conjunto, de todas las contradicciones, se deriva un equilibrio de fuerzas, un estatismo. Por eso a quien entiendo verdaderamente a Ocejo no puede gustarle apasionadamente, es demasiado parecido a uno.

Pero la depresión clínica, sí. ¿Qué tienen que ver sus escritos? Al final de su vida la padeció, un ataque de pánico quizá. No sé, nunca he querido saber de estas cosas, son como Thelonious Monk. Sin embargo, después pude confirmar mi acierto de descartar esta línea de razonamiento.

No podía imaginarme a Ocejo quitándose la vida, sin embargo, las semanas anteriores había estado cuestionándome si Joaquín Hernández no era más que un prestanombres. Acaso ello podía ser la confirmación que buscaba y sólo necesitaría darle algunas vueltas más para quedar completamente convencido. Si Regueiro quería continuar, que lo hiciera, yo no seguiría yendo para confirmar lo que ya sabía. Tuve presente que jamás asistí al taller por algún motivo en específico, pero esta vez *a posteriori* parecía que sí, y que en el momento en que sentí una necesidad y quedé satisfecha

se perdió todo el interés. Ojalá nunca necesiten las cosas que aman, y si las necesitan, que jamás las tengan.

El resto no hubiera podido venir de una mente como la mía, es demasiado fácil, demasiado vulgar.

—¿Qué tal si se trata del crimen perfecto? —preguntó Regina, hasta cierto punto retóricamente.

—¿Y el móvil? —dije fingiendo inocencia, esperando que terminara de formular aquello y acabara con la tortura.

—Rafael García. ¿Supiste que reclamó la autoría de su obra?

—No existe el crimen perfecto.

—Precisamente, siempre se debe partir de aquel axioma.

Su argumento era al mismo tiempo contundente y falaz, en ese momento presté más atención a lo contundente. Además no me sentía bien, había roto mi juramento de no volver con Regueiro y era la segunda semana consecutiva que terminaba con Regina en ese café.

—Si él fuera Ocejo podría tratarse de una simple venganza.

—Si Ocejo... para evitar confusiones, Joaquín Hernández...

—Sí, Joaquín Hernández.

—Si fuera un prestanombres tendría motivos para suicidarse.



—Humillado, descubierto.

—Sí, todo eso.

Mi contra-argumento era perfecto para terminar con los juegos policiales.

—Sin embargo, no deja de ser interesante el hecho de que ambos aceptaron el reto. No pongas esa cara, lo siento. Tuve que buscar a la persona de la que me hablaste. ¿Meléndez? —asentí—. Sí, tuve que buscar a Meléndez. Mi vida es muy aburrida, si eso sirve de disculpa. Todo se iba a hacer en privado primero, escribieron algo muy parecido y se canceló, los textos se destruyeron por petición mutua. En serio, perdóname, debí preguntarte primero. ¿Y qué habría pasado si te hubieras negado? Lo habría hecho de todas for-

mas. Soy una niña caprichosa y tú eres mi siguiente capricho. Dentro de poco tiempo te darás cuenta de que esto fue un pretexto y por debilidad terminarás acostándote conmigo. ¿O crees que hablabas en serio cuando decías que la soledad era una categoría inaplicable a ti?

Releo una y otra vez el final de este diálogo y me parece inverosímil, brillante, fácil. Es demasiado ocejianno. Pero ahora es muy tarde para separar los hechos de los discursos, el tiempo de las palabras, el significado de los sonidos y lo estético de la verdad. Y aunque me cuesta trabajo recordarlo, sé que a partir de ese momento Regina estuvo ahí, durante mis futuras cavilaciones y momentos de desesperación, llenándolo todo de humo. Cuando caminaba por la calle durante horas recitando de memoria los primeros poemas, tratando de encontrarle un sentido a todo aquello. ♣

Las vírgenes suicidas o pequeño manual de desesperación cotidiana

Édgar Mora Bautista

Jeffrey Eugenides, *Las vírgenes suicidas*
Barcelona, Anagrama, 2001 (1993).

La verdad existe, sólo lo falso tiene que ser inventado.

George Braque

Rodeada de un aura de misterio nunca resuelto y de una sensación de explorar inciertos, la novela de Jeffrey Eugenides puede ingresar, fácilmente, en el terreno de las narraciones poco comunes. A pesar de contar con esa guía etérea que nos ofrece el narrador, no se puede evitar la visión de esta narración que, como un cuento de hadas contemporáneo que extrae sus ambientes de algún filme de Tim Burton (especialmente *Eduardo Manostijeras*), otorga a toda la imagen resultante de la lectura un color grisáceo en el mejor de los casos y completamente oscuro en la mayoría.

La primera situación que salta a la vista es la indefinición del narrador que se vale de la primera persona del plural (un nosotros nunca aclarado) para contarnos la edificante historia de las niñas Lisbon que, sin razón aparente, deciden un mal día quitarse la vida. Es necesario poner especial atención a la forma en cómo el narrador hila la trama a fin de que el lector conozca la mayor parte de los hechos nunca llevados al plano axiológico. La voz que nos guía por la vida cotidiana y las acciones de las hermanas Lisbon, nunca emite un juicio explicativo acerca de la conducta de las hermanas; el único juicio que se atreve a ejercer es el que se refiere al embrujo que la belleza de las hermanas produce en el grupo de amigos de la cuadra, y una serie de suposiciones acerca de los motivos que las orillan a suicidarse. Este grupo de amigos se vuelve al mismo tiempo sujeto de la narración (“Queríamos disponer de las fotos cronológicamente, pero habían pasado tantos años que resultaba difícil” [p. 10], “Se convirtieron en criaturas demasiado poderosas para vivir con nosotros, demasiado ególatras, demasiado visionarias, demasiado ciegas” [p. 229]), y, en un plano temporal completamente diferente, objeto de tal narración (“Encontramos al señor Buell abajo, en el dormitorio que no compartía con su mujer y que había decorado con motivos deportivos” [p. 22], “Cuánto rato permanecemos de aquel modo,



en comunión con su espíritu desaparecido, es algo que no podemos recordar, pero fue el suficiente para que nuestra respiración colectiva desencadenara una brisa en la habitación que hizo girar el cuerpo inerte de Bonnie” [p. 200]).

Este narrador colectivo es, al mismo tiempo, uno de los elementos indiscutibles de la influencia o referencia consciente de la novela negra dentro de la narración: la figura del investigador, el explorador incesante de la verdad. Además de buscar una explicación que coincida con los hechos observados (vividos, recordados), el grupo recolecta toda clase de objetos (simbólicos, cotidianos, fetiches) que le permita reconstruir la historia que narra. En este sentido, el relato constituye la enumeración de los argumentos que los muchachos tienen a la mano para explicar la muerte de las hermanas Lisbon. Es, así mismo, la descripción de la forma en que los objetos recolectados se convierten en detonantes potenciales de recuerdos y en aliciente para las memorias de los interesados en explicar los huecos de la historia. Al mismo tiempo, la situación de tales objetos y su ubicación física en un futuro relativamente lejano convierte la pesquisa en un ejercicio de memoria.

Y aquí es donde se empiezan a configurar algunas intuidas pretensiones de la novela, la más evidente es la que se refiere a la imposibilidad de acceder a conclusiones terminantes. La historia contada es un ejercicio de memoria y, en ese sentido, un ejercicio de ficción. Debemos poner en relieve la corta distancia existente entre lo que se recuerda y lo que se inventa. Por lo general, la ficción se encuentra íntimamente ligada a la memoria (o, como menciona Sivia Molloy: “toda ficción es, claro está, memoria”) y se vuelve por tanto un argumento irrefutable de la existencia de la Verdad. De una Verdad. Es decir, al igual que las conclusiones del narrador colectivo, que es al mismo tiempo investigador concienzudo que enumera sus evidencias, las conclusiones de la gente involucrada más allá de esta reconstrucción (policía, los padres Lisbon, los vecinos, los propios paramédicos) son tan válidas en tanto no son verdaderas (“Desde diferentes caminos, con ojos de colores diferentes o con diferentes movimientos de la cabeza, todos habían descifrado el secreto que conduce a la cobardía o al valor, lo que quiera que sea” [p. 226]). Es decir, no existe una explicación, sino una infinita serie de versiones.

La diferencia entre las verdades asumidas por los personajes de la historia (verdades por otra parte desconocidas) y por la versión del narrador, consiste en la acep-

tación de esta transitoriedad de la versión reconstruida, versión reelaborada para intentar explicar(se) lo aparentemente inexplicable. La inevitabilidad de la incertidumbre. Apunta hacia el final el narrador-guía-detective (mutación Virgilio-Bogart): “Finalmente, dispusimos de algunas piezas del rompecabezas pero, por muchas combinaciones que hiciéramos con ellas, seguía habiendo huecos, espacios vacíos de formas extrañas, delimitados por todo lo que los rodeaba, países que no sabíamos nombrar.” (p. 227).

Y aunado a todo esto, el sentimiento romántico que atraviesa toda la novela. Elementos obvios de los melodramas como la muerte, la belleza, la represión y la inaccesibilidad, pero mezclados de tal forma que resulta ocioso tratar de ubicar este relato en la tradición de la novela rosa. Es claro que existe la descripción aviesa de las citas amorosas y los juicios laudatorios del narrador colectivo-personaje que inunda la imagen de las hermanas Lisbon de un misterio irresistible, misterio atribuible, por supuesto, al nulo acceso que los chicos tenían a ellas. Sin embargo, la muerte las vuelve cercanas, las humaniza y, paradójicamente, también las vuelve inalcanzables, las lanza al limbo de lo que tiene que ser santificado por imposible. El recuerdo se vuelve nostalgia y la nostalgia se convierte en motivo de suspiros y desvelos a destiempo: “A fin de cuentas, daba igual la edad que tuviesen, el que fueran tan jóvenes, lo único que importaba era que las habíamos amado y que no nos habían oído cuando las llamábamos, que seguían sin oírnos ahora, aquí arriba, en la casa del árbol, con nuestro escaso cabello y nuestra barriga, llamándolas para que salgan de aquellas habitaciones donde se habían quedado solas para siempre...” (p. 229).

Podemos decir que *Las vírgenes suicidas*, más allá de la alegoría de la sociedad estadounidense de todos los tiempos; más allá de la evocación de cintas de nostalgia tipo *Stand by me*; aún más allá del contraste de épocas históricas en sus personajes (la vocación medieval de la señora Lisbon en contraste con la necesidad moderna del análisis psicológico); más que la búsqueda (inútil por otra parte) de una explicación de la muerte; lo que la vuelve una novela inquietante es la atmósfera llena de gases venenosos, insectos, represión, escatología y claustrofobia que nos hace ubicar de manera bastante aproximada el lugar que ocupan los intestinos en este nuestro cada día más cuerpo desligado de las tragedias del alma. ●

